

P. Inguet Selva S.J.
Anecdótico Histórico

Bautizo rumboso en la Catedral de Manila, al finalizar el primer tercio del siglo diez y ocho

De la pompa externa de un bautizo puede ser indicio la dignidad del sacerdote que lo administra y la del padrino que saca de pila. En el bautismo que se celebró en Manila el 4 de Octubre de 1731 ofició y puso los santos óleos la suprema autoridad eclesiástica, el Dr. Don Manuel Antonio de Ossio, y Ocampo, vicario capitular de la sede que, a la sazón se hallaba vacante por la muerte del Arzobispo Bermudez. El padrino fue la suprema autoridad civil y militar, el brigadier de los reales ejércitos, gobernador y capitán general de Filipinas, Dn. Fernando Valdez Tamón. El bautizado no pertenecía a ninguna de las familias linajudas de Manila: no estaba emparentado con ningún oficial del gobierno, ni con ningún prebendado eclesiástico: no había nacido en Manila, ni siquiera en Filipinas; no tenía más bienes propios que las labores del tatuaje que cubrían los brazos, el pecho y los muslos. Era un mozo de 28 años, gentil, natural de las islas garbanzos o Palaos, el principal de aquella desventurada expedición compuesta de varios isleños que, con el misionero jesuita, P. Victor Walter, salió de Palaos, para llevar socorro a otro misionero, pero que, desgarrados y arrastrados por los vientos y olas, tuvieron que arribar a Manila el 13 de julio de 1731.

Refieren los historiadores que estos naufragos eran muy vivos, despiertos y alegres, que pronto se dieron a entender en español y tagalo y por ser extraordinariamente capaces, aprendieron sin dificultad los misterios de nuestra santa religión. El nombre que se le impuso al joven de 28 años apadrinado por el gov. general fue el

de Melchor Francisco Javier, según lo consigna la partida de bautismo firmada por el Dr. Miguel Monroy, párroco de la catedral en el folio 218 del libro 40 de bautismos de españoles. Esta partida copiada personalmente por el autor de estas líneas pocos meses antes del incendio de Intramuros en 1945 decía así:

"El 4 de Octubre de 1731 años, el Sr. Dean, Doctor D. Manuel Antonio de Ossio y Ocampo, juez provisor y vicario general de este arzobispado vacante bautizó y puso los santos óleos a Melchor Francisco Javier, adulto, de edad de 28 años, gentil y instruido en los misterios de nuestra santa fe, al parecer, natural de la isla de garbanzos: fue su padrino el Sr. Brigadier general de los reales ejércitos, gobernador y capitán general de estas islas filipinas, D. Fernando Valdes Tamón."

Es probable que el motivo de este bautismo tan rumboso fuese religioso y político a la vez. En la Manila del primer tercio del siglo diez y ocho rebosaba de vida el espíritu misional, anhelando siempre por conquistar nuevos reinos para Cristo, así en Tonkin y China, como en la gran isla de Mindanao y archipiélagos del pacífico. Los manilenses no habían echado en olvido los sermones misionales y los ejemplos de celo apostólico de los insignes misioneros Mastrilli, Sanvitores y Siodoti. Era muy lógico que las autoridades así eclesiásticas como civiles prestasen su apoyo al bautizo del reyezuelo de Palaos que, a imitación de los 3 reyes del evangelio, había venido de islas lejanas y abrazaba en Manila la fe de Jesucristo. El nombre de Mel-

chor que se le impuso es una alusión dedicada a la adoración de los reyes magos. El nombre de Francisco Javier que se le añadió es un recuerdo obsequioso a la memoria del gran apóstol del Oriente. El capitán general que ahora saca de pila al palao Melchor es el mismo que 3 años más tarde abogara ante Felipe y a favor de mas misiones de Tuki y de Japón y apoyara la solicitud del provincial de Dominicos que pedía la fundación de 12 becas escolares, en los colegios de Letrán y Santo Tomás, para la educación y enseñanza de chicos y tunkinos que habrían de volver más tarde a su país como ministros evangélicos completamente dedicados a los ministerios apostólicos.

Quien quiera vislumbrar el aspecto político de la pompa de este bautismo, recuerde que, a petición de algunos misioneros de Filipinas la santidad de Clemente XI envió un breve a Luis XIV de Francia, al rey de España y a los arzobispos de Méjico y Manila exhortándoles encarecidamente a que protegiesen y amparasen las misiones de las Carolinas y Palaos. Por reales órdenes expedidas al virrey y arzobispo de Méjico y al arzobispo y gobernador de Manila, Felipe V. mandó que sin la menor dilación se facilitasen a los misioneros los medios necesarios así de vituallas, como de transportación y seguridad, para acometer enseñada la conversión de aquellos isleños. Tanto el arzobispo de Manila, como el gobernador general de Filipinas conocían que era de "el real ánimo y voluntad" que en Filipinas se atendiese con todos los medios conducentes a la consecución de una empresa tan agrado de Dios. Al gobernador general, en particular, había advertido el monarca que estuviere desvelado en el cumplimiento de este encargo, pues de lo contrario "me daré de vos por deservido" y se os hará muy especial y riguroso cargo, en vuestra residencia, con singular capítulo de ella. Ni la autoridad eclesiástica, ni la civil podían perder de vista que toda relación oral o escrita, del bautizo solemne del reyezuelo de

los
las
Gr
con
gr

(El
Cor

C.

cart.
corr
via

de F.
paga
cén

los n
olve
bend
sar

En
no n
las c
estan

corres
en lo
et am

Eso
vienen
Porque
Si toda
fu